



EL COLOR
DE LOS BONIATOS

Andrés Pinar

EL COLOR
DE LOS BONIATOS



Primera edición: febrero de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Andrés Pinar

ISBN: 978-84-18097-76-8

ISBN digital: 978-84-18097-77-5

Depósito legal: M-2630-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A la Meiga Maga que vive en el Barco

ASCENSO

Querido don Alonso:

Amigo mío, ¿cuántos caminos recorrimos, cuántas sendas entre orbe y cielo nuestra vista ha cabalgado, a la sombra del olivo donde estábamos sentados? En una linde oscura estoy sentado ahora, con los pies colgando hacia Europa y el alma, mi esencia, ya volando hacia Japón.

¿Por qué viajo a Japón? Podría decir que algo cautivador traían los vientos del oeste, algo que los libros prometían. Podría hablar de la filosofía, el arte de la propia vida, la naturaleza o la cultura ancestral, y de mil cosas más, pero he echado diez condones y solo tres mudas al petate; juzgue usted mis prioridades.

¿Por qué en este momento? Por hastío. Por odio, violencia, agresión, miedo y aburrimiento. Porque he acabado la carrera como el que se traga la última cucharada de un puchero de bilis, sudor, mentiras, pelusas de ombligo y bostezos. Tal fue mi hartazgo que, probablemente, el mundo se haya perdido un premio Nobel en Astrofísica. Probablemente más de uno. Tan grande era mi amor por la ciencia como grande era la estaca sodomita que me clavaban en la universidad, día tras día, introduciendo madera y sacando la devoción por la ley física. Una violación. Y así, pobre de mí, quien fue pistilo de la flor y la nata del jardín azucarado en el que crecen los elegidos para rozar las arrugas sabias de la cara de la naturaleza, se transformó en un embutido con mi pellejo y toneladas de serrín, una morcilla de madera insensible e inútil, pero, eso sí, con el título en la mano. Impreso en un papel excelente para hacer aviones, por cierto.

Así fue como, transitando el río de la vida, descubrí que mi navegar por el cauce liso de mi niñez, adolescencia e inmadurez, se vertía de pronto en una catarata que me pilló con las bragas bajadas, y los tres ojos fruncidos. Y caí, sí, hacia la selva de lo real, con un título como exiguo paracaídas. Mientras caía, primero gritando, luego callando, me aferré a un saliente para frenar el descenso y esconderme entre los riscos, desnudo y mojado, entre el cielo y el suelo, escapándome al lugar más fantástico y lejano que mi espíritu anhelaba en secreto, antes de destrozarme la juventud contra las piedras.

Voy a huir a Japón, don Alonso. En desbandada. He buscado un par de granjas que me permitirán vivir a cambio de trabajo, lejos de la ciudad, en lo más profundo del culo de Japón, donde ni un proctólogo astral pudiera encontrarme. La primera, en Hokkaido, la segunda, en Yamaguchi. He organizado los vuelos y me he fundido los escasos ahorros en pagarlos, con la esperanza de no necesitar apenas dinero durante el viaje. Y en la mochila, aparte de condones, he metido preguntas que espero responder, tantas como caben, un cuaderno y un bolígrafo. Y calcetines, claro. Por la boca muere el pez, por los pies, el manchego, ya sabe usted. Por último, antes de cerrar la cremallera, he encajado entre la ropa un tarrito lleno de culpa y otras esencias amargas que decido llevarme conmigo.

Repartidos los naipes, hace unas horas me vi en Barajas, despidiéndome de los reyes de espadas cual sota de bastos. Frente al control de aduanas hubo miradas resbaladizas, besos de pómulo y demás cortesías tensas, y antes de marchar, encontré el valor para levantar la cabeza en el chaparrón de vergüenza y soltar:

—Cuando vuelva será otoño.

Y crucé al otro lado. Me transformé en un viajero en tránsito, que es similar a montar en la barca de Caronte, sin patria, sin nombre y sin tiempo.

Para mi deleite, no existían vuelos directos desde España a Japón, de modo que el viaje ganaba en epicidad, «¡qué lejos voy! —

exclamaba—, ¡qué gran aventurero soy!». La realidad, don Alonso, es que no hay vuelos directos porque a los japoneses España les importa un carajo, pero no pensaba así subiendo al avión que me llevaba a París. Pensaba, en cambio, en lo perfectamente poética que resultaba esta escala. Poética, sí. Me explico.

El día que realicé el último examen, el de Física Estadística, así, con mayúscula, como los desastres naturales, fue el martes 10 de julio del dosmilésimo décimo octavo año del calendario gregoriano, esto es, siete años, diez meses y doce días después de comenzar la carrera de Física en la universidad de cuyos cisnes no quiero acordarme. No salí contento. «La función de un fluido descrito por la colectividad macrocanónica viene dada por (función pavorosa definida a trozos de tres variables). Calcule el salto de la densidad en el punto de la transición como función de la temperatura». Sin embargo, cuando escapé de la facultad, sentí alivio. Caminé sin rumbo por Madrid, era por la tarde, la gente compraba y caminaba por la Gran Vía, ajenos a la batalla sidérea que yo acababa de librar. Entonces, como un autómatas, compré *Rayuela*. Con el libro bajo el brazo me dirigí sin querer hacia la Plaza Mayor, donde al parecer iba a comenzar un concierto del Coro Nacional acompañado por cuatro pianos para interpretar música rusa, y me senté entre la multitud. Dejé que el atardecer cambiase el color del cielo mientras leía las primeras páginas, y luego escuché *El pájaro de fuego*, de Stravinski, que sonaba como un canto épico resonante con mi tranquilidad, con la paz soldadesca que me invadía, casi ocho años después, allí, en la Plaza Mayor, entre los muros que vieron ejércitos imperiales, reyes y degüellos. Ahora los muros me miraban a mí, el único superviviente entre el gentío y los pianos, y la noche se hacía fresca y joven bajo el clamor del coro.

Por cortesía celestial aprobé el examen, y tres semanas después volaba, como decía, recordando *Rayuela*, el libro de la transición, la banda sonora de esta etapa de mi vida entre el sol y la sombra, de catarata, la época que ahora concluía yendo a París, al lado de allá,

donde me esperaban mil aventuras o desventuras. O eso esperaba, mirando despegar por la ventanilla.

Ya en el aeropuerto Charles de Gaulle espero el siguiente avión hacia Tokio y le escribo a usted mientras empiezo a notar un cosquilleo en la rabadilla. Sentado en la sala de embarque, observo llegar a los primeros japoneses que veo en el viaje. Japoneses, aquí, así de cerca, con su misterioso hermetismo. Uno, dos, allí otro, ¿qué pensarán? ¿Qué harán en París? ¿Llegaré a conocer a alguno, a traspasar ese mar que les separa de los demás, como islas en su isla? Se mueven diferente, se sientan diferente y se callan diferente. Los observo tanto como el decoro aconseja, y un poco más. De pronto, quince azafatas japonesas como quince cerillas elegantes y semejantes llegan correteando, se inclinan ante los pasajeros y nos guían por fin hacia la escotilla del avión intercontinental.

EL BARCO DEL HOMBRE
SIN TIEMPO
(FURANO)

1

Querido don Alonso:

Apenas ha pasado un día desde mi llegada a Furano, y le escribo desesperado para calmar la congoja que me moja las enaguas. Escribo arrugado bajo una manta, a la luz de un mechero que oscila con el aire que penetra, impune, por las ventanas sin cristales y la puerta sin puerta, en mi cabaña con las paredes de papel. Esta noche negra parece nunca acabar, y deseo impregnarla en esta carta para que se la lleve el cartero y pueda salir el sol. Así es, don Alonso, aterido y tembloroso me dispongo a aliviar mis penas sobre usted.

Como decía, no hace ni un día que pisé suelo japonés, aquí, en la isla de Hokkaido, y que le escribía desde París ajeno a las desgracias que estaban por llegar. Ayer noche aterricé en medio de una tormenta en Asahikawa, y con nocturnidad me hice arribar a donde mi amo me esperaba, mojándose la gorra de béisbol bajo la luz de una farola, apoyado en su coche. La tormenta, ¡ay de mí!, me acompañó con su lluvia, y al día siguiente, es decir, hoy, con calamidades, que también calan, pero no mojan. Aquí voy.

Después de meterme en su coche, Taro me condujo por las oscuras carreteras hasta su casita de madera, en la ladera del valle de Furano, e invirtió seis palabras para informarme de que él, su mujer y sus dos hijos pequeños viven en la casita, y yo en el chamiizo destartalado de la linde del pinar. Me instó a subir a este altillo donde me he instalado, un espacio en el que apenas cabe un futón entre la pared de papel y la caída al piso de abajo. A pesar de la

incomodidad del aposento, yo daba palmas con el escroto, ya sabe usted, sed de aventuras y esas patrañas. No pude dormir, el viaje había sido largo, y mi brújula interior aún no se había asentado con tanto *jet lag* y continuaba girando cuando me acosté; no he pegado ojo en toda la noche.

Esta mañana he podido conocer a la mujer de Taro, Aiko, y a los dos niños. Una familia en apariencia normal, tanto así que al caer la tarde me han llevado con ellos para asistir a una exhibición de béisbol donde participaba el hijo mayor. Pero nada más lejos de la realidad, don Alonso, y ahora comprenderá el porqué de mis cuitas. La tarde ha transcurrido en un estadio local, cerca de las montañas, entre *home runs* de los niños, aplausos de los padres y mis bostezos del terrible sopor; como dicen los sabios, el sueño es el peaje a la muerte durante la vida, y esta ansiaba cobrarse las horas que le debía desde que empecé mi viaje. Los niños jugaban contra el equipo de profesionales de Furano en un partido apatrahado, y yo, sin poder resistir más, me he tumbado tras las gradas para descansar, siendo sorprendido por un joven pitcher que calentaba el brazo por allí, y con el que he hecho buenas migas a pesar de no hablar un carajo de japonés. El tipejo era simpático, le he regalado un euro y se ha marchado corriendo a enseñárselo a sus colegas. Desistiendo de poder sestear a gusto, he vuelto al aparcamiento donde, al caer la noche, comenzaba una barbacoa de ostras, berenjenas y sopa de miso.

La velada transcurría, todos comían y bebían contentos, y por fin los asistentes empezaron a abandonar el aparcamiento, que se iba quedando oscuro y en silencio. Llegaba el momento de volver a casa, y Aiko me hizo un gesto para subir al coche. Mi amo estaba dentro. Al montar en el asiento del copiloto he sentido latas vacías en el suelo, y cuando Taro me ha mirado sonriendo, con la gorra torcida, he comprendido lo que había estado haciendo toda la tarde. Aiko se ha subido detrás con los niños, y su marido ha arrancado.

De pronto, los dos niños han empezado a pelear, dando gritos, armando mucho jaleo, pataleando y llorando. Taro, sin perder la

sonrisa, se ha bajado del coche haciendo un paso de *ballet* extraño, ha abierto la puerta trasera y, pillando al mayor por el cuello, lo ha lanzado al aparcamiento con una carcajada. Aiko gritaba por encima del llanto del niño, y él la ha cogido del pelo sacándola del coche y colorándole la cara con una bofetada, haciéndola rodar por el suelo. Sin dejar de sonreír. No he podido hacer nada para evitarlo. Gritos, voces, empujones, y de pronto Aiko ha agarrado a los niños, ha quitado las llaves y ha desaparecido por la carretera. Un silencio gélido ha caído sobre el coche, cuajándome el sudor del cogote. Taro se reía de su reflejo dándose manotazos en la frente, estaba oscuro y no había estrella que me guiase en la noche cerrada, así que he respirado hondo tres veces, y mientras él trataba de encontrar la manera de bajar la ventanilla para regar el asfalto con cerveza, he salido del coche para pensar con claridad.

¿Qué hacer, don Alonso, en una situación tan afanosa? No podía volver a la cabaña, estaba muy lejos entre los bosques y los montes y la noche era impenetrable. Tampoco huir sin mi pasaporte y pertenencias. No queda sino batirnos, me dije. Dialécticamente, claro. Entenderme con el grupo de jugadores que apuraban las últimas cervezas apoyados en los capós de los coches bajo una farola, se lanzaban una bola y golpeaban latas vacías con los bates, arrancando silbidos en la noche. Sus risas me erizaban las orejas, pero traté de caminar erguido y despacio. Conforme me acercaba, pude ver sus caras, sonrientes y achispadas, y cómo se lanzaban la bola tensando los hombros. Para mi sorpresa, descubrí que algunos eran negros. Al fin me vieron llegar, y ralenticé más el paso hasta pararme enfrente: ellos dejaron de hablar y me miraron curiosos. Una risilla escapó de entre las sombras, casi de hiena.

Repentinamente, y antes de que abriera la boca para explicarme, la voz de Taro llegó desde el coche, donde se agarraba para no caerse, y le aseguro, don Alonso, que no me hace falta conocer el idioma para saber que no eran piropos hacia mi persona. El *hideputa* estaba agitando el avispero. Los rostros negros y grises se ensombrecieron en la penumbra de la farola, y en un instante me

vi preso entre manos como tenazas y un bate que me aprisionaba la garganta. No me resistí. Podía oler el aliento a cerveza y el sudor de mis captores, la vibración de sus pechos al gritar y reír y el frío de la noche congelarme de congoja. Dije algo en inglés que solo sirvió para hacerles reír más fuerte y apretarme los brazos contra ellos. Uno de los negros, el más grande, se aproximaba hacia mí, haciendo gestos a los demás para tumbarme en el capó.

Cuando estaba a punto de mearme encima, una cabeza familiar surgió de la oscuridad. Era el tipejo que me había despertado de la siesta, y que ahora gritaba con grandes aspavientos. Extrañados, los demás detuvieron el linchamiento. El canijo, entre jadeos, les debió explicar que yo no era mal tipo, y los otros, reticentes, me soltaron. Uno de los negros lanzó una interjección, y no pude creer mi suerte al comprenderla. «*Putain*», dijo. En francés. En la siempre maldita lengua franca, amigo mío.

Resultó que algunos de los jugadores eran provenientes de Burkina Fasso; el entrenador los había traído desde pequeños a Japón para darles una oportunidad de medrar con el béisbol, y ahora allí estaban, discutiendo sobre cómo habían de cocinarme. En cuanto pude hilar dos o tres palabras en su lengua natal se quedaron blancos, y mientras cerraban paulatinamente las bocas del asombro, les relaté mi desesperada situación. Uno de ellos corrió hacia el coche donde mi amo ahora dormía tumbado sobre la rueda delantera, y confirmó mi historia. Cuando todo se hubo aclarado, por fortuna me pidieron mil disculpas, y muy amablemente se solidarizaron con mis cuitas. Avisaron al entrenador, que disponía del teléfono de Aiko, para llamarla y convencerla de que volviese a arreglar el entuerto, y tras una larga plática telefónica ella apareció por la carretera, tal como se había ido, con los niños de la mano, las llaves del coche y un rictus pintado de odio y vergüenza.

Don Alonso, tal vez pueda usted imaginar las circunstancias en las que me encuentro ahora, recién llegado a este país lejano, abocado a vivir bajo las alas de un cuervo tuerto y de su esposa la urraca. Y no puedo volar, don Alonso, no puedo; mi avión partirá

en unas semanas de esta isla hacia prados más verdes, y al haber comprado el billete he quemado las naves. No soporto la violencia, usted lo sabe bien, ni las lides maritales fuera del dormitorio, y aún menos cuando el amo se viste de santo y reparte hostias a sus hijos a mano vuelta, marcando con el anillo.

¿Qué hacer, don Alonso? ¿Huir?, ¿dormir? Tal vez sea la noche, que entristece el pensamiento. Tal vez sea el sueño, al que ahora me entrego, para que me lleve en su barca a donde juzgue menester.

2

Querido don Alonso:

Estimado amigo, usted, siempre sabio, adivinó mi pensamiento. En efecto, permanecí en Furano, tras sosegar mi alma y templar mis nervios. He recibido con gran alborozo su respuesta a mis palabras desesperadas, y me entretuvieron los relatos de sus últimas reflexiones. Me caldea las entrañas que haya decidido cruzar el umbral de su puerta gracias a mis cartas, esa sana envidia inoculada en el corazón dormido del caballero andante de la que usted habla cuando le relato mis azares; claro que sí, coja sus pertrechos y móntese, escúdense y láncese a trotar por la tierra en busca de lo que usted y yo sabemos y no queremos explicar.

Por lo que a mí respecta, le escribo mirando desde el ventanal del bar de Aiko, observando cómo el valle es un pórtico de tifones y el bosque el felpudo donde se rascan la panza los nubarrones; llueve, don Alonso, como no hemos visto llover en la Mancha desde los días del Arca. Tanta agua embravece los ríos, ya de por sí vivaces, aunque empiezo a saber nadar en los torrentes que la aventura me propone. Como dispongo de tiempo, tinta y papel, en esta ocasión le podré relatar, de manera más tranquila, los pormenores que me ocupan.

El paraje donde he ido a dar, don Alonso, bien podría ser descrito en *La Diana* de Montemayor, que juntos hemos leído en muchas ocasiones. En una mañana límpida, el bosque que cae hacia el valle brilla, como una cascada de hojas mojadas. Las montañas flanquean la granja junto a la carretera, y esta abandona el bosque para ir a caer

al gran valle de Furano, que se despliega abajo, en la ladera, como una moqueta de campos, acequias y casitas, hasta la otra pared montañosa del valle, tallada entre las piedras plutónicas y la vegetación de fantasía. El corazón de Hokkaido, dicen. Y como un pináculo fumador, un volcán asoma la nariz escupiendo volutas frente a la granja, a tiro de catapulta. Como le digo; no quedaría sorprendido si algún día encuentro un gigante acostado en el arroyo milenario que brota cerca de aquí, algún dragón de cola pintada salir del cráter humeante, o quizá una dríade cantando liras en el pinar. Le confieso que esto último me apetece, sea dríade, helíade, ninfa, hada, sílfide o incluso súcubos, arpías o brujas, tanto da; si este valle es del todo pastoril, carece de pastoras en toda su extensión, y tan alejado está de otros poblados que resulta fútil ir las a buscar. Además, sería atrevido, como poco, llamar gentil a la señora de la casa, pues, aunque de cara no fea y piel no escamada, el verla sacar patatas a manotazos hendiendo el puño en los surcos le evaporan el aura de fémina que algún día debió ceñir. Ah, como ve, mi prosa atropellada refleja el reflejo de mi humanidad solitaria y tensa como vergajo en este lugar de hombres callados y mujeres calludas...

Eso sí, he de confesarle, don Alonso, que la señora de la casa tiene aire nerudiano, porque le hace a sus platos lo que la primavera a los cerezos. Qué buen comer, señor mío, y qué escaso. Los buenos bocados van para las bocas golosas de los clientes, o para las boquitas ratoniles de los niños, y para los empleados arroz, santo arroz, tan blanco y puro que mi estómago siente reparos en transformarlo en menos nobles materiales, y llevo estreñado tres semanas.

Como habrá podido adivinar en mi desordenada descripción, la casita de madera en la que viven mis amos tiene un pequeño bar al que llegan clientes de vez en nunca. Aiko, la esposa de Taro, se encarga de la cocina, la casa y el huerto con invernadero del que se surte para cocinar, también de los niños y los recados.

El marido, mi amo, es un pelele redomado al que han cosido en la cara una sonrisa inquietante. Desde el último suceso conozco

de qué pie cojea, y cojea de tres, a saber: la bebida, la locura y la idiotez. Más que idiota es gilipollas, con perdón de usía, porque de idiota no tiene un pelo bajo la gorra de los Fighters. Cuando no estamos cosechando, su labor consiste en caminar aquí y allá por la linde del bosque, empinar el codo si su mujer no mira, y cuando sí mira se esmera en regañarla por apilar mal las cebollas, mientras él y yo, su soldado pompeyano, nos sentamos a ver al volcán humear. Usted se estará preguntando, y con razón, cómo se sostiene esta prole, si el bar es un fracaso, como mi amo, y nada se vende del huerto de su esposa. Yo presumo que algo tiene que ver con las escapadas de Aiko durante la noche, que no sé en qué consisten ni quiero preguntar, pero la he visto partir algún día camino del valle para volver antes del amanecer.

He mencionado antes la cosecha, pero no se confunda, mi amo no es hidalgo y no posee más tierras que su parcela del bosque, mi chamizo y su casita. Cuando hace bueno y nos dejan en paz los tifones, Taro nos lleva a mí y al otro ayudante recién llegado, Teng, a los campos de maíz del valle para cosechar con algunos temporeros en tierras ajenas. Estos días son de trabajo arduo, y vemos salir y ponerse el sol con los brazos llenos de mazorcas, sudor y cortes en las orejas. Del yantar ni hablar; cuando hay cosecha se resume en los pocos mordiscos que podemos meter a las mazorcas mientras los demás fuman distraídos. Nosotros nos dejamos los riñones en los campos y cargando con las cajas en el almacén, Taro conversa con el dueño de las tierras y recibe una gratificación mientras se guarda el látigo y se echa otro trago al coletito.

Como puede usted leer, las condiciones aquí son poco halagüeñas si contamos con el chamizo donde me encojo a admirar mi vaho en las noches infinitas, y que se mece cual pecio en boga cuando lo azota el viento y la lluvia. Según los viejos, un tifón en estas latitudes es cosa extraña: imagínese lo inusual que resulta recibir dos o tres de estas turbonadas a la semana, y lo inquietante de navegarlo en un refugio de paredes de papel y madera podrida. He perdido la cuenta de los baldes de agua que achico de las goteras

cada noche; casi podría considerarme un marino, capitán de este, mi barco, de cuadernas de pergamino y velas de madera que apenas se mantiene a flote claudicando a la tempestad.

Suerte que hay otro a bordo, Teng, el malasio que también participa de los males y los hace medios males gracias a su compañía. Con su aspecto afeminado y blandengue, el flequillo largo, los dientes de cabra y las gafas de sol, siempre hablando de chicas, insultando a Taro o tirándose un pedo —no solo él, los otros temporeros y el amo se despachan a gusto cuando estamos reunidos, yo diría que hasta se responden mutuamente, parece que en Asia está permitido ventosearse en público si es un pedo sincero y honesto—. Por cierto, Teng es un nombre falso que se ha puesto a sí mismo para proteger su identidad y su pasado de curiosos o indeseables mientras recorre el mundo, cámara en mano, en un viaje que empezó hace años y no tiene visos de acabar. El destino, don Alonso, mueve sus piezas de maneras extrañas, y hemos ido a coincidir en la granja de Taro. Entre alfiles y peones.

Para acabar, le agradezco mil y una veces más su paciencia y su respuesta, le animo a llevar a cabo sus planes en busca de aventuras, y le ruego esté pendiente a la posta, por si cae alguna que otra carta más. Estaré esperando su repuesta.